

VI.

CONSUELO.

[Casa de la Aduana, Abril 3 de 1857.]

¡Pláceme en este corredor sombrío
 Mirar del verde pátio las hileras
 De garridos naranjos, cuyas frondas
 Ocultan dulces aves vocingleras!
 ¡Gimiendo en el parage mas umbrío
 Tórtolas lastimeras,
 Columpiándose el céfiro en las rosas,
 Y sus álas zafíreas desplegando
 Aéreas mariposas!
 ¡Pláceme ese jardin pues lo cultivan
 Las manos primorosas
 De la mas noble anciana,
 De maneras graciosas,
 Frente de mármol, cabellera cana,
 Decir de fuego, juvenil arranque,
 Magestad soberana!
 ¡Alma de mártir, corazon de reina,
 Cuya sien engalana
 Corona de virtudes é infortunios,
 Toda génio. nobleza é hidalguia,
 Y á quien llamo hace tiempo "madre mia"!

¡Pláceme allí, bajo su amigo techo
 Su cariñosa maternal ternura,
 Hablar con ella de épocas pasadas,
 Que su cariño es bálsamo que cura
 Heridas mal cerradas!
 Siempre me dá una flor, gala del huerto.
 Para mi Flodia, para el ángel triste
 Que me mostró con lánguidas miradas
 Ese oasis de amor en el desierto.

VII.

LA PLAZA DE ARMAS.

[Casa de los Anayas, Mayo 20 de 1857.]

Plaza de Guadalajara,
 De esta ciudad tan hermosa,
 Despejada y espaciosa,
 Bajo un cielo tropical.
 ¡Qué edificios te circundan
 Soberbios, monumentales;
 El Palacio y los portales,
 La orgullosa Catedral!

¡Cuánto en la noche eres bella
 De naranjos coronada,
 Con tu brisa perfumada,
 Tu armonioso surtidor!
 Con tus banquetas de jarro,
 Y tus arriates vistosos,
 Y esos estrados preciosos
 En las noches de calor.

Cuando en la estacion de Mayo
 Por gozar grata frescura
 Concorre allí la hermosura,
 Rica en galas y en beldad.
 Y se oyen soberbias músicas
 Que turban la triste calma,
 Pues que acarician el alma
 Con lánguida suavidad.

En los vecinos balcones
 Por la noche allí se admiran,
 Los zenzontlis que suspiran
 Su melancólico amor.

Quejas que el aura murmura
Impregnada de azahares,
Cual románticos cantares
De ternura y de dolor.

En noches de serenata
Concurre inmenso gentío
Que, cual las ondas de un río,
Inunda el recinto aquel.
El panorama mas bello
Presenta entónces la plaza
Cuando su ámbito embaraza
Tan bullicioso tropel.

Ya los estrados decoran
Damas gentiles y apuestas,
A blando solaz dispuestas
En su abandono gentil.
Visten con gracia y despejo,
Luce amor en sus megillas,
Tan hermosas y sencillas
Como azucenas de Abril.

Sombra prestan los naranjos
A las parejas dichosas
Que pasean silenciosas
En dulce éxtasis de amor.
Heridas por algun rayo
Que en las ramas se desliza,
¡Ay! la luna diviniza
Tanto rostro seductor.

Muger muelle é indolente,
De voluptuosa mirada,
Quizá camina apoyada
En el brazo de su bien.

Contemplativa y sensible
Viendo á la cándida luna
Que, tras la sombra importuna,
Orla de albores su sien.

Los estrados están llenos
De plebe que charla y goza,
Cuyo corazon retoza
A impulsos de tierno afan.
Grupos hay de tiernas niñas
Que dán vueltas, y al contrario
Mancebos que en tumultuario
Vaiven, en patrullas ván.

Desenfado en sus modales,
Poca gala en sus vestidos,
Reñidores y atrevidos
Los tales mancebos son.
Estudiantes casquivanos,
Empleados y tenderos,
Militares altaneros,
Literatos en embrion.

Allí pululan revueltas
Las clases, las condiciones.
Que en públicas diversiones
La igualdad es una ley.
El caso es que todos gozan
Sin temor y sin alarmas
En la hermosa plaza de armas,
Cual unida y mansa grey.

¡Ella! como palma altiva
¡Cuál se adelanta donosa!
Su estatura magestuosa
Enseñoreándose allí.

¡Cuántas veces á la sombra
De aquellos naranjos, cuántas,
Pensé arrojarme á sus plantas
Al pasar cerca de mí!

Es negro siempre su trage,
Y pintar es imposible
El no sé qué indefinible
De su atraccion virginal.
Luce en su andar compasado
Su porte airoso. elegante,
Lánguido y triste el semblante
Como el de blanca vestal.

Yo encuentro mi mundo en ella:
¿Qué valen tantas hermosas,
Enjambres de mariposas,
Que revuelan por doquier?
¿Qué esa turba engalanada
De arlequines y galanes?
¿Qué intrigas, triunfos y afanes
Junto al alma de mi ser?

¡Ah! yo sentí esa delicia,
Ese encanto, ese consuelo,
Llegué á ese sétimo cielo
De no espresada ilusion.
Ví lo que otros nunca vieron,
Gocé lo que no gozaron,
Y hallé lo que no encontraron—
¡Dicha y cruz del corazon!

Tocan piezas tan selectas
Esos músicos marciales,
La Contla, los Esponsales,
Que placer al alma dán.

La Bella Anita, el Recuerdo,
Y las Faces de la Luna;
La Ilusion, como ninguna
Cuando á su cuartel se ván.

¡Qué serenatas tan bellas!
En la estacion calurosa
No puede haber otra cosa
Que cause mas impresion.
Allí vá á gozar el alma
De los amantes placeres,
Y ángeles son las mugeres
De divina inspiracion.

Despues ya sola la plaza
Blando, oloroso el ambiente,
Cual resbala por mi frente
Con soplo tibio y fugaz;
Y la fuente llena el aire
De murmullo y de frescura,
La luna vertiendo pura
Luces de amor y de paz.

Allí vago hasta que escucho
La religiosa plegaria
De esa esquila solitaria
Que convoca á la oracion,
De las monjas capuchinas
En el humilde Convento;
Y ¡cuán sublime es su acento
Para mas de un corazon!



VIII.

DESVELO.

[Casa de Castro, Junio 24 de 1857.]

Voy á contarte, alma mia,
 Como cuando el alba suena
 Y la desvelada luna
 Vierte sus últimas perlas;
 Cuando cierras blandamente,
 Poco á poco tu vidriera,
 Como deo aquellos sitios,
 Tus siempre adoradas rejas.
 Tras una noche de Estio
 O de grata primavera;
 Ya al fulgor de blanca luna,
 Ya al brillo de las estrellas;
 O bien bajo de la lluvia
 Helada, menuda y lenta,
 Que en las invernales noches
 Cae filtrándose en la tierra;
 Como á la misa del alba
 Asisto en Santa Teresa;
 Qué noches paso rondando
 Con hondísimas tristezas,
 Oyendo ladrar los perros
 Allá en las calles desiertas.
 Tal vez una serenata
 Al son de blanda vihuela,
 O bien la estruendosa música
 De un baile ó nocturna fiesta.
 Los compasados acordes
 Y ¡cuán entusiastas llegan
 Si el Guillermo Tell anuncia
 De *Estiquio* la grata orquesta.

259.

¡Cuánto es sentido á distancia
 Oir música de cuerda,
 Al sonar las altas horas
 De hermosa noche serena!
 Casi á la vez dán las doce
 En bien distintas iglesias,
 En el Santuario, en el Cármen
 Y en San Francisco. Severa,
 Melancólica se escucha
 Triste vibrando ay de penas,
 La esquila de Capuchinas
 Misteriosa y lastimera.
 Es cual la voz del recuerdo
 Que con su mística lengua
 Algo dormido en el alma,
 Indefinible, despierta.
 “Las doce en punto y nublado,”
 Grita el sereno y se acuesta
 Contra un zaguan, ó en la esquina
 De alguna casa soberbia;
 Y su silvato se escucha
 Plañidor, y sigue en vela,
 Sino es que ronca el belitre,
 Durmiendo allí á pierna suelta.
 No es raro el Jefe de dia
 En su caballo aparezca,
 El cabo y alguna ronda,
 O paseantes de cuenta.
 En tanto, la gente mala
 ¡Qué bien la noche aprovecha
 Pese á tantos alguaciles,
 Pese á la justicia entera!
 Yo me acerco á tu ventana
 Turbado, trémulo, y miétras
 Tú con azoro y despacio
 Abres rebelde vidriera.

Ya apareces, ¡oh mi Elodia!
 De inquietud y de amor llena,
 Con sobresaltos continuos,
 Con temblores que me inquietan,
 Con la palidez del mármol,
 Con ilusion y con penas,
 Con tu peinador sencillo,
 Trenzada tu cabellera.
 ¡Qué rubores en tu alma!
 ¡Qué conversacion la nuestra!
 ¡Cada frase es un suspiro,
 Cada suspiro una nueva
 Embriaguez, que nos arroba
 Y años de vivir nos cuesta;
 Siglos que allí en un instante
 De placer se reconcentran!
 ¿Qué me dices, cielo mio?
 ¿Qué te hablo? ¿qué contestas?
 ¿Por qué al verme te sonrojas?
 ¿Por qué si te toco tiemblas?
 Muchas veces en silencio
 Pasamos horas enteras,
 Yo acariciando tus manos,
 Y tú viendo las estrellas.
 Poética, arrobadora,
 Divina, aérea, ¿qué piensas?
 Espiritual como el ángel
 De la esperanza postrera.
 Lloras á veces tan triste,
 Nuestro pasado recuerdas,
 Tantos dolores sufridos
 Y tantos años de ausencia.
 Todo lo que me has amado
 Conmovida me lo cuentas,
 De tu niñez y tu infancia
 Las inolvidables fechas.

Me refieres cariñosa
 Lo que te pasó en la escuela,
 Las épocas mas felices
 De tu juventud, y agregas
 Lo que en el Beaterio hacias
 Triste y gentil prisionera,
 Y me son sagradas siempre
 Tus íntimas confiancias.
 En ocasiones tus ojos
 Castos y grandes se cierran,
 E inclinas contra tu pecho
 Tu hermosísima cabeza.
 Una noche te quedaste
 Dormida contra las rejas,
 Las cuatro de la mañana
 Iban á ser, segun cuenta,
 Pues ya los toques del alba
 Daban en Santa Teresa,
 Lo mismo en Jesus María
 Y en otras várias Iglesias.
 Allí de las *Barranquitas*
 Llegaba un olor á tierra
 Mojada, y de algunas flores
 Las suavísimas esencias.
 Esos cánticos nocturnos
 Que los insectos elevan,
 Y la voz de los zenzontlis,
 Cuya amante cantinela
 Quizá al murmullo del agua
 Se oye cual lánguida queja
 Toda la noche, en los patios
 Cubiertos de sombra densa.
 ¡Qué noches siempre tan cortas!
 ¡Qué noches siempre tan bellas,
 Bien me acongoje tu lloro,
 Bien me alegre tu terneza!

IX.

LA MISA DEL ALBA.

[Casa de Castro, Junio 24 de 1857.]

Cuando á las luces del alba
 Lleno de amor y tristeza
 Dejo tu ventana al darte
 Un adios que al alma llega;
 Como vision vaporosa
 Púdicamente te alejas
 A reposar en tu lecho
 Por una hora siquiera.—
 En el fondo de ese cáliz
 De tanta dicha, se encuentra
 Una gota de veneno
 Que ácida á veces fermenta.
 ¡Me hicieron tan desgraciado
 Los hombres todos, que es fuerza
 La hiel que guardo en el alma
 El lábio á veces la vierta!
 ¡Yo no era así! Noble y bueno
 En mi juventud primera,
 Tuvo mi alma de niño
 El rubor de una doncella.
 ¿Quién devolveráme el gozo?
 ¿Quién compensará mis penas?
 ¿Con qué llenar ese tiempo
 En que he dejado de verla?
 ¿Cómo se llama el vacío
 Del alma no satisfecha?
 ¿A quién de mi muerta dicha
 Le presentaré la cuenta?
 ¿Quién puede ser responsable
 De lo que sufro en la tierra?

263.

De hoy mas á todos los míos
 Haré sufrir sin reserva;
 Solo de nuevo se avivan
 Mis afectos para ella.
 Y este amor desventurado
 ¡Cuántas lágrimas le cuesta!
 No, no volverá ni un día
 De aquellos de dicha inmensa,
 De absoluta confianza,
 De seductoras quimeras!
 ¿Por qué no yazgo en la tumba,
 O vivo en extraña tierra
 Donde nadie me conozca,
 En donde nadie me quiera?
 Sin pan, sin hogar, sin techo,
 ¿Qué vida, qué vida es esta?
 ¿Por qué no rompo los lazos
 De mi estóica indiferencia?
 Burla de los maldicientes,
 Me atan horribles cadenas,
 Quiero en vano enderezarme,
 No tengo, no tengo fuerzas.—
 ¡Fué superior el destino
 A mi voluntad soberbia!
 De tan acerbos martirios
 ¿Qué culpa ¡oh Dios! tiene ella?
 ¿No ha sufrido tanto, tanto,
 Y no calla y me consuela?—
 Calles voy cruzando y calles
 Tal vez entre fría niebla,
 O al despuntar la luz pura
 De la aurora mas risueña.
 Cuando ya cantan las aves,
 Y los serenos despiertan,
 Y los faroles se apagan,
 Y se abren algunas puertas.

Llego, en fin, al átrio oscuro
 De no muy distante Iglesia.
 Penetro por el postigo
 Y adelanto entre tinieblas,
 Que lámpara mortecina
 Dá luz moribunda apénas.
 Son las cuatro y pocos fieles
 En el sacro ámbito rezan;
 Los cirios de pronto encienden,
 Al coro las monjas llegan,
 Y un anciano sacerdote
 La santa misa celebra.
 No sé, el desvelo, el murmullo,
 La soledad, la tristeza,
 Tu desvanecida imágen
 Y tus últimas protestas.;
 Todo esto me narcotiza,
 Mis tristes ojos se cierran,
 Poco á poco ante mis ojos
 Desaparece la Iglesia,
 ¡Y estando de mí tan léjos
 Te miro entónces tan cerca!
 Duermo soñando contigo
 Hasta que alguien me despierta.
 En muchos, en muchos años,
 Suceda lo que suceda,
 No olvidaré al toque de alba
 La misa en Santa Teresa;
 Estas noches y estas citas
 En estaciones diversas,
 Ya al brillo de mansa luna,
 Ya en pavorosas tormentas.

FIESTA NUPCIAL.

[Casa de la Aduana, Octubre 26 de 1357.]

¿Con que eres, mi Elodia, para siempre mía?
 ¿Con que mis ensueños realizados veo?
 ¿Cumplióse en la tierra mi único deseo?
 ¿Qué mas en la tierra codiciar podría?
 Ya puedo á la tumba bajar sosegado;
 ¿Qué anhelar pudiera, mi hermoso tesoro,
 Si á tí te poseo, á tí que te adoro,
 De nobles virtudes modelo y dechado?
 Tantos infortunios Dios premia clemente,
 Mas yo ¿qué ventura; niña, te ofreciera
 Que digna de tu alma generosa fuera,
 Abnegada y pura, tierna é inocente?
 Puesta de rodillas, mi Elodia, en el suelo,
 Sacerdote santo tu frente bendijo;
 Yo no sé qué cosas sublimes te dijo
 Entre ámbos abriendo las puertas del cielo.
 En grata vivienda que adornan y alumbran,
 Alejado el génio de pena y disturbio,
 Se efectúa entónces el sacro conubio
 Y á Dios nuestras almas unidas se encumbran.
 La nupcial corona brillaba en tu frente,
 Blanco era y sencillo tu gracioso trage,
 Gentil te envolvía un velo de encage
 Sembrado de flores, rico y trasparente.
 ¡Qué hermosa en tu cuerpo! ¡qué pura en tu alma!
 La morada eterna, mi Elodia, me abriste,
 Y en este pasage sobre el mundo triste
 Yo voy á deberte la dicha y la calma.

XI.

VELACION.

[Casa de las Vizcainos, Octubre 28 1857.]

En el Cármen Santo, allá en la Capilla
De la hermosa Vírgen, mi union se celebra,
Allí el sol sus rayos en los vidrios quiebra
Y sobre los ricos paramentos brilla.
Suena grata música tierna y acordada.
El altar adornan flores primorosas;
Mi Elodia tan pura cual las blancas rosas
Está al lado mio siempre arrodillada.
¡Cuán bello aparece luminoso el dia!
¡Cuál cantan alegres vocingleras aves!
La luz ilumina las sagradas naves,
Baña las estatuas, lá egrégia crujía.
¡Cuánto me recuerda tan donoso templo
Otras bien felices y lloradas horas!
Dueño de tus gracias, siempre seductoras,
Arrobado, Elodia, de amor te contemplo.
Con mi amor realizo tantas ilusiones,
Que neutralizados miro mis pesares;
Al vernos de hinojos ante esos altares
El Señor nos mande santas bendiciones.
De vivir tenemos bajo un techo mismo,
Cual tu solo amigo, mi arcángel, me veas;
Bendita, mi Elodia, para siempre seas,
Que mi alma apartaste del lóbrego abismo.
¡Oh Vírgen! acoge mi dulce plegaria,
Protégela siempre, bella madre mia,
Recuerda que amante, mi Vírgen María,
Por tí el alma triste gime solitaria.

XII.

VEN A MI HOGAR.

[Casa de Godines, Octubre 31 de 1857.]

¡Bendita, oh mi Elodia, mi cándida esposa,
Mi lucero triste, mi garrida palma,
El sol de mi vida, la luz de mi alma,
De mi árido yermo peregrina rosa!
¡Bendita, oh mi amante, gentil compañera,
Mi Elodia, la niña de los ojos mios;
Tras largos inviernos, rudos y sombríos
Llega con tus flores, dulce primavera!
De hoy mas viviremos en perpétuos lazos,
De hoy mas nuestra suerte será siempre una,
Cada cual gozando la misma fortuna,
Cada uno viviendo del otro en los brazos.
Aceptas, oh Elodia, mi santa pobreza,
¡Bendita mil veces, mi casta paloma,
Lirio que en mi huerto esparces tu aroma,
Vírgen que disipas mi hórrida tristeza!
En mi hogar te espera mi amante cariño,
Azulada yedra que al olmo te amparas,
Ese amor que en otro recinto no hallaras,
Extasis del mártir, ternura del niño.
¡Ven, que se alza el tálamo cubierto de flores
Y un ángel del cielo de pié lo custodia;
Ven, mi siempre amada, mi sensible Elodia,
Dios siempre bendice los santos amores!
Traspasa tranquila mis pobres umbrales
Y entra en esta humilde primorosa estancia;
Préstales tus lábios célica fragancia
A esos de amor santo sueños celestiales.